- ¿van a morir, dice usted?
- ¿A morir encarcelados?
- Pero, ¿quiénes son?
- ¿Presos políticos?

...se escucha mal, hay interferencias, la comunicación se vuelve inaudible.

A miles de kilómetros, hombres de carne y hueso piden ayuda.

Diez años han transcurrido. Una tarde de 1981, usted Guillermo, y algunos de sus compañeros luchaban contra la muerte, detrás de las rejas de la Cárcel Pública, en Santiago de Chile.

Sus amigos enviaban un SOS. Van a morir si el pulmón artificial esperado de Francia no llega a tiempo.

Esa misma noche partía el avión llevando en su bodega la máquina salvadora de la esperanza. La cadena de solidaridad había funcionado, ninguno de sus eslabones falló.

Así fue, querido Guillermo, como usted entró en mi vida y pasó a ser parte de mi memoria. Y allí se quedó, presente, a lo largo de todos estos años en que usted luchaba por un Chile libre de la dictadura.

Aquí, en Francia, hemos sido muchos los que hemos reconocido, seguido y apoyado su resistencia.

Sé de sus ideales, nacidos de una infancia guiada por el afecto y cariño de su abuelo, preocupado en hacer de usted el hombre empeñoso y valiente que hoy conocemos.

En el año 1990, durante el homenaje rendido a Salvador Allende, pensaba encontrarlo entre la multitud, cruzarme con su mirada llena de confianza y rodeado de amigos orgullosos en empezar a trabajar por un Chile nuevo.

Desgraciadamente, esta siniestra cárcel de triste fama, sería el lugar de nuestro encuentro.

Me cuesta describir la emoción que me embargó allí frente a sus sencillas palabras de bienvenida, a sus manifestaciones de amistad francas y sin pretenciones. La impresión de establecer un diálogo, apenas interrumpido, en que se mezclaban la alegría de las presentaciones, de los intercambios y también el resentimiento de la incomprensión ante la injusticia por esta situación.

Luchar por la libertad, desde hace tantos años, ¿significaría, entonces para usted, la imposibilidad de unirse con los que pretenden construir un mundo equitativo y más fraterno?

Al escucharlo, durante esos breves instantes, expresar con tanta fuerza su deseo de participar, pensé que no existía alegato más convincente, ¿quién podría no entenderlo?

Además, Guillermo, creo en la fuerza de la "palabra escrita", la que su novela va a trasmitir, a difundir.

Palabras pacíficas, más fuertes que los actos que le reprochan. Sí, palabras que se liberan por el grito que expresan. Grito de indignación y de sufrimiento, que cruza los muros y retumbará por el mundo, encontrará relevos, caerá sobre otras palabras conjugadas y sabrá traducir sin violencia la dificultad de vivir que embarga a los nombres.

Y, por último, sacarán de la barbarie a una sociedad paralizada por la incomunicación entre el corazón y la razón.

Hasta pronto, Guillermo.

¡Ojalá, nos volvamos a ver siendo usted, un hombre libre!

Danielle MITTERRAND